

¿Bonapartismo a la paraguaya?

«Bonaparte quisiera aparecer como el bienhechor patriarcal de todas las clases. Pero no puede dar nada a una sin quitárselo a la otra».¹

Carlos Marx

Resulta poco común, en el debate de las ciencias sociales en Paraguay, hacer uso de conceptos y análisis provenientes de una escuela teórica como la marxista, tan relevante para toda la teoría social, pero tan marginada en nuestros ámbitos científicos y académicos.

Partiendo de esta afirmación, podríamos concluir que intentar analizar la actualidad política nacional y sus prolegómenos a partir de categorías provenientes de este paradigma científico es un desafío doblemente intrépido, considerando que la misma presenta elementos de elevada complejidad en comparación a los procesos recientemente vividos por nuestro país.

Ignacio González Bozzolasco

Egresado de la carrera de Sociología de la Universidad Católica «Nuestra Señora de la Asunción». Activó en diferentes movimientos juveniles en la segunda mitad de los años noventa, a partir de 1999 se desempeña como coordinador de formación para la Fundación Casa de la Juventud. En el año 2002 empieza su colaboración con Centro de Estudios y Educación Popular en el cual llega a asumir el cargo de Director, que mantiene hasta marzo de 2006. Actualmente es Miembro de la Conducción Nacional del Partido del Movimiento al Socialismo del Paraguay (P-MAS) y director de su periódico, El Dedo en la Llaga.

Asumiendo el desafío planteado, nos proponemos aquí ensayar algunos puntos de análisis e interrogantes partiendo del concepto de **bonapartismo** (denominado también **cesarismo** por algunos teóricos del marxismo), una de las categorías más relevantes desarrolladas por la Teoría Marxista en el campo de las ciencias políticas. A partir de la misma, trataremos de reflexionar acerca de la compleja realidad política de nuestro país: un sistema bipartidista con largos periodos de hegemonía política de cada uno de los partidos que lo componen, una reciente dictadura militar extendida a lo largo de 35 años, el reciente final de 60 años de hegemonía política del Partido Colorado y el surgimiento de un obispo ligado a luchas populares del campo como eje articulador de las fuerzas políticas triunfantes en las últimas elecciones nacionales.

Sin ánimo de cerrar ninguna discusión ni ofrecer respuestas concluyentes buscaremos, a la luz de las mencionadas categorías de análisis político, ofrecer una mirada diferente a la usualmente realizada por las ciencias políticas locales; además de presentar nuevas interrogantes y desafíos para una aprehensión más profunda de la misma.

El bonapartismo

Los principales elementos que forman parte de las reflexiones sobre el bonapartismo, por parte de Carlos Marx, son estudiados en dos de sus obras de análisis histórico más conocidas: **Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850**² y **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**³. Si

¹ MARX, Carlos, «El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte», Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, p. 115.

² Este trabajo es el resultado de los análisis de coyuntura política realizados por Marx en el periodo de 1848 a 1850. En base a estos análisis Marx escribió varios artículos en serie, todos bajo el mismo título: De 1848 a 1849. Los mismos fueron publicados en una revista dirigida por él, llamada La Nueva Gaceta Renana. En el año 1895, luego de la muerte de Marx, su compañero y amigo Federico Engels publicó todos los artículos en conjunto (adhiriéndole uno más que había quedado sin publicar), bajo el título de Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850. En estos artículos Marx analiza los actores en pugna, sus intereses y la correlación de fuerzas existente entre los mismos, ofreciendo una descripción muy completa del periodo analizado. Según lo planteado por varios autores, estos artículos sirvieron como base para la elaboración de El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte.

³ Fue escrito por Carlos Marx entre los meses de diciembre de 1851 y marzo de 1852, y consiste en el desarrollo de un análisis de coyuntura del proceso político revolucionario francés entre los años 1848 y 1852. Abarca los periodos de la caída de la monarquía de Luis Felipe (1848), la instauración de la II República y el Golpe de Estado que conduciría a la reinstauración del Imperio bajo el mando de Luis Bonaparte (más tarde auto nombrado Napoleón III). En este trabajo Marx desarrolla de manera implícita una polémica con dos obras que abordan el mismo tema pero desde perspectivas diferentes: Napoleón le Petit de Víctor Hugo y Coup d'Etat de Pierre-Joseph Prudhon.

bien, en tales obras este autor no utiliza el término bonapartismo propiamente dicho, sí presenta los elementos fundamentales que constituyen este concepto por medio del análisis de una coyuntura histórica determinada y de la dinámica de la lucha de clases que la configura.

Analizando el papel cumplido por Luis Bonaparte en Francia, Marx afirma que: «La burguesía francesa exclamó también, después del coup d'état: ¡Sólo el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre puede ya salvar a la sociedad burguesa! (...) Bonaparte, como poder ejecutivo convertido en fuerza independiente, se cree llamado a garantizar el orden burgués».⁴

Sucede que entonces la burguesía francesa, incapaz de velar por sus propios intereses de clase, coloca en la figura de Luis Bonaparte la representación de su clase. Éste, aniquilando a la forma de gobierno burguesa –la república parlamentaria– logra instalarse como el burgués colectivo, como el gran árbitro que dirime las pequeñas trifulcas entre las diferentes fracciones de la burguesía, mientras que defiende su orden –el orden del capital– frente a las amenazas de la revolución obrera y los peligros a que lo exponen los mezquinos intereses de cada grupo particular de la burguesía francesa.

Por su parte, el pensador y revolucionario italiano Antonio Gramsci aborda el análisis del bonapartismo en sus conocidos Cuadernos de la cárcel, específicamente, en una nota titulada: **El cesarismo**. Este autor describe al cesarismo (o bonapartismo) como expresión de una situación histórica y política singular, en la cual diferentes fuerzas políticas en pugna alcanzan un grado de equilibrio tal que la permanencia de su lucha atenta contra su propia existencia; en otras palabras, su lucha conduce a la «destrucción recíproca».⁵

La destrucción por él descrita no es alcanzada, únicamente, por el ataque recíproco entre las fuerzas políticas en confrontación, sino por la acción directa de un tercero que acaba sometiendo a las fuerzas en pugna debilitadas por su mutuo ataque. Gramsci señala al respecto que: «Cuando la fuerza progresiva A lucha con la fuerza regresiva B, puede ocurrir no sólo que A venza a B o viceversa, puede ocurrir también que no venzan ninguna de las dos, que se debiliten recíprocamente y que una tercera fuerza C intervenga desde el exterior dominando a lo que resta de A y de B».⁶

⁴ MARX, Carlos, «El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte», Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, p. 113.

⁵ GRAMSCI, Antonio, «Cuadernos de la cárcel», Tomo 1, Ed. Juan Pablos, México, 1975, p. 84.

⁶ *Ibíd.*

Continuando con este análisis, plantea además «...que el cesarismo expresa siempre la solución 'arbitraria', confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectiva catastrófica...». ⁷ En otras palabras, frente a la posibilidad de un resultado catastrófico para las fuerzas en pugna, emerge una vía de solución: el surgimiento de un **árbitro**, de un actor que representa, en términos generales, a ambas fuerzas sin representar en particular a ninguna de ellas.

Pero el bonapartismo, como forma singular de representación política, no se desarrolla de manera única, pudiendo existir al menos dos grandes variantes de esta expresión histórico-política. Al respecto, Gramsci observa dos variantes, una progresista y otra regresiva, señalando que: «El cesarismo es progresista cuando su intervención ayuda a las fuerzas progresivas a triunfar aunque sea con ciertos compromisos y temperamentos limitativos de la victoria, es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a las fuerzas regresivas». ⁸

Gramsci agrega, además, que cada una de estas variantes puede ser de tipos diferentes: «El cesarismo de César y Napoleón I ha sido, por así decirlo, de carácter cuantitativo-cualitativo, o sea representó la fase histórica del paso de un tipo de estado a otro tipo, un pasaje en el cual las innovaciones fueron tantas y de características tales como para representar una verdadera revolución. El cesarismo de Napoleón III fue única y limitadamente cuantitativo, no hubo un pasaje de un tipo de estado a otro tipo de estado, sino apenas una 'evolución' del mismo tipo, según una línea ininterrumpida». ⁹

Stronismo y bonapartismo

«(Pondré) todo mi empeño para arribar a un punto de confluencia que logre unificar todas las fuerzas políticas del partido, para que esa fuerza sea una sola, sin disidencias internas...». ¹⁰

Gral. Alfredo Stroessner

Podríamos afirmar, en términos generales, que la historia política de nuestro país no se caracteriza por presentar aspectos de estabilidad y sólida institucionalidad. Como es sabido, el 15 de agosto del año 2008 aconteció en Paraguay el primer traspaso pacífico del mando

⁷ *Ibíd.* p. 85.

⁸ *Ibíd.*

⁹ *Ibíd.* p. 87.

¹⁰ FLECHA, Víctor-Jacinto y MARTINI, Carlos, «Historia de la transición», Ed. Última Hora, Asunción, 1994, p. 20.

presidencial de un partido político a otro (u otros, entendiendo que la fuerza triunfante se compone de una alianza amplia de partidos). Debemos agregar a esto que, a lo largo de los periodos de gobierno de los dos partidos tradicionales, acontecieron sucesivos golpes de Estado realizados entre facciones del mismo partido en el gobierno, además de levantamientos armados y sangrientas guerras civiles.

Haciendo un gran salto a lo largo de la historia paraguaya, situándonos a inicios de la última dictadura militar (1954-1989), podemos ver cómo ésta surge luego de un conflictivo periodo de disputas entre las diferentes facciones políticas dentro del partido de gobierno, el Partido Colorado. En poco más de un año (entre 1948 y 1949) Paraguay tuvo seis presidentes de la República, todos ellos del mismo partido pero pertenecientes a diferentes facciones internas y, por consiguiente, representando a distintos grupos de poder económico y político. El último presidente de este ajetreado periodo fue Federico Chaves, el cual tampoco pudo acabar el periodo constitucional de gobierno al ser derrocado por un golpe de Estado militar encabezado por el Gral. Alfredo Stroessner.

Luego de este golpe de estado, y tras maniobras legales para legitimar la asunción del poder por parte de Stroessner, éste asume la presidencia de la República mediante unas elecciones nacionales fraguadas en las cuales fue el único candidato postulado. Pero tras esta fachada se escondió la instauración de un acuerdo entre los diferentes grupos de poder económico y político del país, estableciendo a Stroessner como el «gran árbitro» que dirimiría las constantes disputas entre los mismos, evitando que éstas conduzcan a su mutua destrucción o desplazamiento del poder.

¿Qué era lo que atentaba contra la dominación de estos grupos?

Sería ingenuo y falso hablar de la posibilidad de un desplazamiento político por parte de los sectores populares que, si bien estaban en un proceso de creciente organización y movilización, no se establecían como fuerza política unificada y en disputa por el poder.

La principal amenaza parecería situarse en el mismo seno de los sectores dominantes, pues las propias condiciones estructurales del Paraguay no permitían un mayor crecimiento de la economía nacional, lo que llevaba de manera directa a una disputa entre los grupos de poder económico existentes, pues la mayor acumulación de uno atentaba contra la del otro.

Es preciso destacar que hablamos de un país hundido en el atraso, con una producción precaria y una nula industria, además de muy limitadas

vías de comunicación. Esto sin mencionar las precarias infraestructuras básicas (agua corriente, alcantarillas, tendidos eléctricos, sistemas telefónicos, rutas asfaltadas, etc.).

En este sentido, podríamos aventurarnos a confirmar que el gobierno de Stroessner impulsó, aunque de manera muy leve, las tan postergadas tareas de carácter democrático-burgués ya emprendidas en el resto de los países de la región. Y al plantear que fueron impulsadas de manera muy leve, queremos poner énfasis en que tales medidas fueron promovidas, únicamente, en aquellos casos en que favorecían de manera directa a los grupos de poder que sustentaban y reconocían a Stroessner como el «gran árbitro». De esta manera, y a través del Estado, estos grupos obtuvieron grandes ganancias por medio de los contratos de construcción de todas las obras de infraestructura realizadas, así como también las mayores ventajas económicas por el usufructo de las mismas.

La dictadura de Stroessner vio su fin con la variación significativa en la correlación de fuerzas existente entre los grupos de poder dominantes del país. En este sentido, el golpe de Estado del 2 de febrero de 1989 fue el primer paso en la re-configuración, en términos generales, de la nueva escena política nacional.

La transición democrática: en la búsqueda de un nuevo árbitro

«Hemos salido de nuestros cuarteles en defensa de la dignidad y el honor de las FFAA; por la unificación plena y total del coloradismo en el gobierno...».¹¹

Gral. Andrés Rodríguez

«Che la tendotá (en lengua guaraní: yo soy el guía, el conductor), yo soy el que dirige, yo soy el jefe».¹²

Nicanor Duarte Frutos

Con la llamada «transición democrática» fue abierta una nueva disputa entre los grupos de poder dominantes del Paraguay. Aunque diferente en proporciones, la nueva correlación de fuerzas entre los distintos sectores en pugna no llegaba a una diferencia tal que permitiera la

¹¹ FLECHA, Víctor-Jacinto y MARTINI, Carlos, «Historia de la transición», Ed. Última Hora, Asunción, 1994, p. 33.

¹² BBC Mundo, «Nicanor Duarte Frutos: la «marea colorada»», publicado el miércoles 23 de abril de 2003 en http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america/newsid_2959000/2959813.stm [Revisión: 13 de setiembre de 2009].

clara imposición de uno sobre los otros. La disputa se realiza (en mayor parte, al menos) dentro del marco institucional del Estado, pero con constantes deslices y hasta intentos de ruptura.

De los cinco presidentes que anteceden al actual, al menos tres eran miembros integrantes de alguno de los grupos de poder económico y político de nuestro país. El Gral. Andrés Rodríguez no sólo era una de las principales autoridades de las Fuerzas Armadas sino, además, la más alta figura del esquema que controlaba el tráfico de toda clase de productos dentro del territorio nacional. El Ing. Juan Carlos Wasmosy, por su parte, fue uno de los principales empresarios involucrado en la construcción de las represas hidroeléctricas, propietario de un poderoso emporio de la construcción. Por último, el Ing. Raúl Cubas, también ligado al mundo de las empresas constructoras, adversaba a Wasmosy no sólo en el campo de la política sino también –y principalmente– en la lucha entre las empresas constructoras por la obtención de las importantes licitaciones estatales para la construcción de grandes obras de infraestructura.

De los dos presidentes que restan en nuestra lista, Luis Ángel González Macchi y Nicanor Duarte Frutos, podríamos considerar al primero como parte de los sectores dominantes en general (por la clara ligazón de su familia con el régimen dictatorial de Stroessner), pero no como un actor de relevancia en la escena política, siendo únicamente una ficha más dentro del juego impulsado por varios grupos en pugna durante la crisis política de marzo de 1999. Al contrario, muy diferente es el caso del segundo, el cual parecería ser el primer presidente político de la llamada transición democrática.

Duarte Frutos, a diferencia de sus sucesores, no formaba parte de ninguno de los grupos de poder en pugna, a la vez que defendía los intereses de todos ellos en general. Esto lo habilitaba a constituirse en el nuevo árbitro de todas las fracciones de poder. De esta situación, quizás, surgen las constantes exhortaciones de «unidad», de «paz social», de «progreso», así como su recurrente auto-denominación de «líder», «jefe» o «conductor». Al parecer, las repetidas exclamaciones de Duarte Frutos eran las máspreciadas y claras ofertas que el mismo podía hacer a los diferentes grupos de poder del país, para así ser adoptado como el gran eje articulador de la clase dominante paraguaya.

Pero a diferencia del «gran árbitro» anterior –el Gral. Alfredo Stroessner–, Duarte Frutos no contaba con el poder coercitivo de las Fuerzas Armadas para ser utilizado a discreción para lograr su imposición como el único eje de consenso entre los diferentes grupos de poder (y si lo hubiese tenido, la coyuntura política internacional tampoco hubiera favorecido su utilización). Esa situación lo obligaba a tejer su legitimidad como

árbitro por la vía política, principalmente, en el campo institucional y electoral. Pero los fuertes enfrentamientos internos desatados en la búsqueda de su imposición por esta vía terminaron por desplazarlo de este papel.

La escena política actual y los límites del arbitraje

Es en el contexto del proceso aquí señalado que surge la figura del obispo Fernando Lugo, candidato a la Presidencia de la República y nueva propuesta de «gran árbitro». Lugo consigue colocarse como una figura aglutinadora en medio de fuertes confrontaciones dentro de los dos partidos tradicionales del país –el Partido Colorado y el Liberal–, logrando articular una amplia alianza de soporte con partidos que van desde la centro-derecha hasta la izquierda más radical, llegando incluso a recibir apoyo de sectores internos del Partido Colorado.

Si bien, a lo largo de su vida clerical, Fernando Lugo se caracterizó por ser un sacerdote con un significativo compromiso con los sectores populares, ingresado a la arena política asumió una posición algo más indefinida. Con manifestaciones y posiciones incluso contrapuestas, supo realizar una campaña electoral bastante *sui generis*, adoptando una postura de carácter pendular y con puntos de contacto con sectores, grupos y clases, incluso, confrontados. Su tradición obispal –si vale dicho término– parecería inducirle a situarse por encima de los conflictos entre grupos de poder y clases sociales, característica que le otorgó cierta fortaleza a lo largo de toda la campaña electoral.

Triunfante con un programa moderadamente progresista, con claras manifestaciones a favor de una reforma agraria radical, defensa de la soberanía nacional y renegociación del tratado de Itaipú, Fernando Lugo ya ha transcurrido su primer año de gobierno sin medidas radicales. Pero las tensiones comienzan a manifestarse ya con mayor énfasis, tanto desde la derecha como desde los sectores populares. Los primeros han asumido una postura más bien preventiva, dando constantes voces de alarma ante cualquier señal que pudiera acercar a Lugo a los sectores populares o reivindicaciones de izquierda; los segundos, con su usual atomización, comienzan a reclamar acciones inmediatas de corte popular.

Aunque Lugo logró generar cierto apoyo de consenso en temas como los de la soberanía energética y las negociaciones en torno a las represas hidroeléctricas con el Brasil y la Argentina; en otros temas más conflictivos, el ex obispo se caracterizó por desarrollar una política pendular, llegando incluso a dar marcha atrás en muchas de sus decisiones y posturas. Con él, la lógica política movida en base a la

búsqueda del «árbitro» entre los diferentes grupos y sectores pareciera encontrar sus límites definitivos.

En lo referente a política económica, por ejemplo, Lugo ha mantenido una línea en extremo conservadora. El plan anti-crisis, presentado por el Poder Ejecutivo con el objetivo de paliar los efectos de la actual crisis mundial en la economía paraguaya, es una muestra de esto. Dicho plan centra sus esfuerzos en generar subsidios y facilidades financieras, preferentemente, a sectores como el bancario y el agrícola, cuando los mismos vieron aumentar sus ingresos de manera creciente durante los últimos años. A lo largo del año 2008 el sistema financiero paraguayo obtuvo enormes márgenes de ganancia, convirtiéndose en uno de los más rentables del mundo¹³, de igual manera los rubros agrícolas de soja y carne alcanzaron ganancias a niveles nunca antes logrados.¹⁴ Mientras tanto, los subsidios a los programas sociales en dicho plan continúan siendo escasos e insuficientes.

Continuando con las posiciones conservadoras en dicho ámbito, el gobierno de Fernando Lugo rechazó el reajuste del salario mínimo vigente. Esta medida, tomada por recomendación del Ministro de Hacienda, contraviene disposiciones legales que señalan que el salario mínimo vigente debe sufrir un reajuste una vez que sea registrado un porcentaje de inflación igual o superior al 10%. En diciembre de 2008 el Banco Central del Paraguay ya había anunciado una inflación del 10,3%.

El accionar pendular y las retractaciones pueden percibirse también en el ámbito de las políticas sociales. La Reforma Agraria, una de las principales banderas de campaña electoral del ex obispo, no ha dado pasos firmes. Aunque fue conformada la CEPRA¹⁵ –como respuesta

¹³ «El sistema bancario paraguayo es el que obtuvo la mayor rentabilidad en el mundo, de acuerdo a un análisis comparativo de rentabilidad sobre el capital y las reservas de las entidades en su conjunto, realizado en base a datos de diversos bancos centrales, el Fondo Monetario Internacional y la Superintendencia de Bancos, a noviembre último (...). Es así que mientras en Paraguay la rentabilidad sobre capital y reservas da un nivel del 45,16%; en Hungría, dicho nivel es de 29,60%; en Suiza, 24,40%; en Turquía, 23,00%; en Perú, 21,77%; en Brasil, 21,50%; en México, 21,39% y en Chile del 19,35%» (<http://www.abc.com.py/2009-01-06/articulos/484643/record-mundial-enganancias-logran-bancos-de-nuestro-pais> [Revisión: 2 de setiembre de 2009]).

¹⁴ Según informa la Red de Inversiones y Exportaciones (REDIEX) «Las exportaciones paraguayas, en el año 2008 alcanzaron USD 4.433,7 millones, lo cual constituye un aumento del 59,2%, la tasa de crecimiento más alta observada desde el año 1989 (...) la soja y sus derivados, juntos componen el 57% del total, seguido por las carnes bovinas, con 13%» (Boletín Mensual de Comercio Exterior – Balance 2008 en <http://www.rediex.gov.py/images/Boletin-Comer-Ext-Balance-2008.pdf> [Revisión: 4 de setiembre de 2009]).

¹⁵ La Coordinadora Ejecutiva para la Reforma Agraria.

a las presiones por parte de las organizaciones campesinas— el gobierno de Lugo no dio pasos significativos, en especial cuando los mismos significaban confrontación con sectores terratenientes y agroindustriales.

En lo que respecta a los subsidios a sectores sociales más carentes, también puede observarse la misma tendencia. Analizando los subsidios a pequeños consumidores de energía eléctrica, podemos afirmar que el gobierno ha dado un paso atrás con relación a sus antecesores. La denominada *tarifa social de la energía eléctrica*, que contempla un subsidio de pequeños consumidores de energía eléctrica de acuerdo a la franja de consumo en la que entraban, se asignaba anteriormente de manera automática. Según un nuevo decreto del presente año, el Ejecutivo limitó en gran medida el acceso a este subsidio restringiendo el rango de beneficiarios, como también estableciendo un conjunto de nuevas medidas burocráticas y condiciones para acceder a este beneficio.

Pero el movimiento pendular y las retractaciones frente a las presiones de grupos de poder económico se hacen aún más evidentes al analizar las acciones del gobierno en torno al uso de agrotóxicos. Con un decreto que reglamenta el uso de insecticidas para el agro (agrotóxicos) y las fumigaciones de cultivos de soja a través de aviones, el Poder Ejecutivo dio respuesta a las históricas demandas de los campesinos que circundan las grandes extensiones de soja y que sufren los efectos de estos tóxicos. Pero poco tiempo después de su promulgación el decreto fue suspendido en su aplicación para luego ser derogado.

Este golpe a los sectores campesinos fue acompañado por una creciente represión a manifestaciones y ocupaciones rurales. La política represiva abarcó también a otros sectores: organizaciones sindicales, indígenas e incluso activistas de derechos humanos.

Los aquí citados son apenas algunos ejemplos que permiten percibir un accionar oscilante, asumiendo por momentos posiciones progresistas (en especial en el plano internacional: acercamientos con Cuba, Bolivia, Ecuador y Venezuela, fuerte identidad con los gobiernos progresistas del MERCOSUR, repudio al golpe de Estado en Honduras e intervención en la crisis provocada por el mismo, entre otros), para luego combinarlas con acciones de carácter conservador. Esto parecería indicar que la función de «eje de consenso» se dificulta aún más al intentar mediar no sólo entre los grupos de poder dominantes, sino también entre los mismos y los sectores populares. Y de esta manera, todo intento de jugar el papel de «gran árbitro» va mostrándose cada vez más difícil.

A modo de (in)conclusión: ¿Hacia el fin del bonapartismo?

Recuperando todo lo hasta aquí señalado, podemos dar cuenta de que son muchos los elementos merecedores de atención y análisis al contemplar las últimas seis décadas de la historia política de nuestro país, a la luz de los insumos teóricos que configuran el concepto de bonapartismo. En principio, podemos advertir la permanente búsqueda del «gran hombre», el líder extraordinario capaz de traer estabilidad al conmocionado sistema político paraguayo. Tal figura –que presenta incluso ribetes mesiánicos y hasta mitológicos– sería en esencia nada más que un árbitro mediador entre las diferentes fracciones de la clase dominante, algo así como «el singular» de la misma, aquel sujeto a partir del cual cada parte o fracción puede sentir identidad, el ser genérico de la dominación.

En este sentido, y considerando el largo periodo de dictadura stronista, parecería que la intrincada escena política de entonces consiguió conquistar la anhelada estabilidad tras años de conflictos y disputas. Pero a lo largo de este periodo el Gral. Alfredo Stroessner no sólo fungió de árbitro regulador entre los sectores dominantes, fue además la cabeza de un proceso de modernización del país. No se trata aquí de hacer apologías de ningún tipo, sino de destacar cierto rasgo progresista del bonapartismo stronista que, logrando mediar entre los antagónicos intereses de las diferentes fracciones que componían la clase dominante entonces, impulsó medidas de modernización y desarrollo hasta entonces postergadas. Observamos esto a partir de lo planteado por Gramsci al respecto del cesarismo, así como del soporte del mismo a las fuerzas progresivas contenidas dentro del orden en el cual se desarrollan las disputas.

Es preciso resaltar que dicho progresismo se encuadra siempre dentro de los márgenes establecidos por el orden de dominación vigente y no fuera de éstos, así el progreso es entendido como lo más avanzado que puede lograrse dentro de las mismas relaciones de explotación dadas y no a partir del triunfo de los sectores explotados. El bonapartismo acaba siendo así una medida de resguardo del orden y no una vía para su destrucción o superación. Como señala Marx analizando el régimen de Napoleón III: «...era la única forma de gobierno posible, en un momento en que la burguesía había perdido ya la facultad de gobernar el país y la clase obrera no la había adquirido aún. El Imperio fue aclamado de un extremo a otro del mundo como el salvador de la sociedad. Bajo su égida, la sociedad burguesa, libre de preocupaciones políticas, alcanzó un desarrollo que ni ella misma esperaba».¹⁶

¹⁶ MARX, Carlos, «La guerra civil en Francia», Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, p. 63.

En este sentido, la famosa consigna de «Paz y Progreso con Stroessner» se evidencia como un ofrecimiento claro para los sectores dominantes del país, aunque a un alto costo para la gran mayoría de la población paraguaya.

Echando mano, nuevamente, de las categorías desarrolladas por Gramsci, podemos percibir además que el «bonapartismo stronista» –si vale esta forzada expresión– impulsó un cambio de carácter cuantitativo-cualitativo. Aunque sin realizar un análisis profundo y exhaustivo del periodo dictatorial, lo hasta aquí señalado parecería indicar que el mismo representó la transición a una nueva fase histórica, la transformación de un tipo de Estado a otro. Si bien los cambios no alcanzaron una magnitud tal como para representar una verdadera revolución del orden existente, podríamos arriesgarnos a afirmar que en su forma conservadora el stronismo permitió impulsar las postergadas tareas democrático-burguesas en el país, aunque de una forma limitada.

En el mismo sentido, es posible analizar los inicios de la denominada transición democrática como el tránsito de una fase histórica a otra. Este tránsito representó un salto limitadamente cuantitativo, pues no significó un pasaje de un tipo de Estado a otro; fue por el contrario el fruto de una evolución, el corolario de una línea ininterrumpida.

Iniciada una nueva fase, el perfil progresista parecería ser aún más moderado, al menos en lo que respecta a las grandes transformaciones estructurales. Aunque no fue experimentado un giro conservador (o sea, el retorno a viejas formas), allí donde las formas políticas vieron grandes transformaciones, las estructuras económicas y productivas se conservaron casi inmutables. De esta manera, la tan proclamada «transición democrática» se convirtió en la larga y conflictiva búsqueda del nuevo árbitro, defensor del orden imperante y articulador del consenso de las diferentes fracciones de poder dominantes.

Siguiendo con esta línea reflexiva, tanto el Gral. Rodríguez, como Wasmosy, Cubas, González Macchi y el mismo Nicanor intentaron desempeñar el rol de árbitro entre las diferentes fracciones de la clase dominante paraguaya, pero con las limitaciones propias de las reglas establecidas por esta nueva etapa. Y cada uno de ellos se vio fracasado en sus intentos.

Por su parte, la coyuntura actual parecería arrojar aún más interrogantes y dudas, ubicando al nuevo proceso encabezado por Fernando Lugo entre uno y otro lado de las fronteras del bonapartismo. Las posibles derivaciones se presentan difusas aún, pudiendo asumir tendencias completamente opuestas.

Por un lado, la figura de Fernando Lugo reúne muchas de las características del bonapartismo ya citadas, siendo el nuevo candidato a gran árbitro propiciador de consensos. Además, su candidatura terminó siendo propuesta por un amplio abanico de fuerzas, hecho que define a su gobierno como un gobierno de coalición. Este último punto ofrece un elemento más de relevancia a favor de la tesis del bonapartismo, si consideramos las expresiones de Gramsci en las que afirma que: «Todo gobierno de coalición es un grado inicial de cesarismo, que puede o no desarrollarse hasta los grados más significativos (como es natural la opinión generalizada es, en cambio, la de que los gobiernos de coalición constituyen el más «sólido baluarte» contra el cesarismo)».¹⁷

Pero, por otro lado, la nueva etapa iniciada a partir de la elección de Fernando Lugo como presidente podría significar todo lo contrario, es decir: el inicio del desmoronamiento del orden vigente. No hablamos aquí de un nuevo cambio de carácter cuantitativo-cualitativo, sino del quiebre de la lógica política orientada a buscar un árbitro que dirima los conflictos entre las diferentes fracciones de poder. Esto significaría que la fórmula bonapartista ya no es capaz de contener las contradicciones existentes en el seno de los sectores dominantes, a la vez que los sectores populares y mayoritarios alcanzan su rearticulación, intentando consolidarse como una fuerza política contra-hegémica.

Las aquí señaladas, parecerían ser las dos grandes alternativas de desdoblamiento que enfrenta hoy la escena política paraguaya actual. Ambas completamente opuestas, pero a la vez complejas, prometiendo, en uno u otro caso, continuar siendo un verdadero desafío para el analista ávido de respuestas, que se proponga indagar su desarrollo y buscar su comprensión.

Bibliografía

BBC MUNDO, «Nicanor Duarte Frutos: la «marea colorada»», en http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america/newsid_2959000/2959813.stm [Revisión: 13 de setiembre de 2009].

BOLETÍN MENSUAL DE COMERCIO EXTERIOR – BALANCE 2008, en <http://www.rediex.gov.py/images/Boletin-Comer-Ext-Balance-2008.pdf> [Revisión: 4 de setiembre de 2009].

BOTTOMORE, Tom, «Diccionario del Pensamiento Marxista», Ed. Tecnos, Madrid, 1984.

¹⁷ GRAMSCI, Antonio, «Cuadernos de la cárcel», Tomo 1, Ed. Juan Pablos, México, 1975, p. 85.

DIARIO ABC COLOR, en <http://www.abc.com.py/2009-01-06/articulos/484643/record-mundial-en-ganancias-logran-bancos-de-nuestro-pais> [Revisión: 2 de setiembre de 2009].

FLECHA, Víctor-Jacinto y MARTINI, Carlos, «Historia de la transición», Ed. Última Hora, Asunción, 1994.

GRAMSCI, Antonio, «Cuadernos de la cárcel», Tomo 1, Ed. Juan Pablos, México, 1975.

MARX, Carlos, «El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte», Fundación F. Engels, Madrid, 2003.

- «La guerra civil en Francia», Fundación F. Engels, Madrid, 2003.
- «Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850», MARX, Carlos y ENGELS, Federico, «Obras escogidas», Moscú, 1986.
- REVISTA NOVAPOLIS, Número 2, Ed. Germinal, Asunción, agosto de 2007.
- REVISTA PARAGUAYA DE SOCIOLOGÍA, Número 131, Ed. CEPES, Asunción, enero-abril de 2008.